



**FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS**

Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley.

PO2611  
E8  
B38

**CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

## LOS BANDIDOS DE LONDRES

---

LIBRO PRIMERO

EL OJO DE DIAMANTE

---

I

LOS VIAJEROS

Las nubes corrían en el cielo, impulsadas por esas ráfagas nocturnas de Abril que ocasionan, todos los años, tantos desastres en nuestras costas. La luna, visible con intervalos, tenía el brillo particular de las noches de tormenta; cuando salía de su negra envoltura de nubes, Boulogne se iluminaba dejando ver su puerto, sus casas á la orilla de la playa y la línea blanca de su rompe-olas coronado de espuma.

En el muelle se balanceaban los vapores destacándose en la oscuridad sus mástiles y vergas. El humo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1825 MONTERREY, N.L.



blanco de algunas calderas, uniéndose al de las chimeneas, extendía en la noche una gran cabellera gris. Se escuchaban los ruidos peculiares á los embarcaderos, dominando sobre todos la voz potente del mar batiendo furiosamente al rompe-olas, deshaciéndose en lluvia salada.

Iban á sonar las doce de la noche y Boulogne aun no dormía : en la estación se esperaba la llegada de un tren de recreo, y el vapor *Leicester* se aparejaba para zarpar con « buena agua ».

De cuando en cuando las nubes dejaban caer gruesas gotas de agua mezcladas con granizo. Entonces, en los balcones de las casas con ventanas al muelle, aparecían caras asustadas ó curiosas, de pasajeros, sin duda, cuyo temor era comprensible por ser peligroso el paso del estrecho en noches de tormenta.

La hora del « agua buena » (amarga ironía) se acercaba; y por los resquicios de las ventanas silbaba el viento amenazante.

Cerca ya la media noche, hacia la estación se escuchó un gran tumulto. Era el tren de recreo que arrojaba á la ciudad uno ó dos cientos de parisienses aburridos. Llegaban molidos, furiosos unos contra otros; contra los administradores del ferrocarril; contra el gobierno que deja vivir á los administradores; contra el cielo que deja durar los gobiernos, y, sobre todo, contra la estupidez del hombre que tolera la existencia del cielo.

La estación retemblaba con vociferaciones. Un tal Sr. de Blancanard, acabado de despertar entre la Sra.

Dupoteau y un confitero bolonés, fabricante de versos para fiestas patrióticas, saltó sobre el andén, y sacudiéndose exclamó :

— ¡Diablo, si hubiese sabido en Mans lo que es un tren de recreo!

El confitero poseído de inspiración declamaba :

« Boloneses en este día de fiesta

Unamos nuestras manos y nuestros corazones ».

Digamos ya que se acercaba la primera exposición internacional de Londres; y todas estas buenas gentes, como otras más, iban á tomar parte en ella ó á divertirse.

— Celeste, dijo la Sra. Dupoteau á su marido, es preciso ir en seguida á visitar la colonia.

El Sr. Celeste Dupoteau de la « Corbeta Nupcial », calle de Provenza, en París, estaba muy lejos de sentir los ímpetus de su mujer.

Su proyecto era ocuparse, en primer lugar, de una caja, de regulares dimensiones, conteniendo muestras de sus franelas « Lucifer ».

Ninguna hay, entre todas las torturas de los trenes de recreo, tan cruel como el descargo. Cajas, baúles y maletas son arrojados, como por caridad, sobre furgones donde todo se engrasa. Para coronar la obra, llegan los aduaneros y ponen sus manos (cuando no los pies) sobre los efectos ya contaminados. Id después á decir que la administración no es útil, bien os recibirán las lavanderas.



Los aduaneros, con humor insoportable, cayeron como aves de presa sobre los equipajes: la caja de muestras fué desfondada más bien que abierta; el saco de noche del Sr. de Blancanard, á pesar de contener solo su modesta indumentaria, fué registrado escrupulosamente, y se tuvo el triste valor de extender en toda su longitud el enorme y famoso globo del Sr. Batifol. Este señor protestó con toda la energía de un hombre acostumbrado á perderse entre las nubes, y el Sr. de Blancanard amenazó con ir á contarle al café-cantante de Mans.

Se puede afirmar que solo un viajero conservó su calma; y ¡qué calma! Alto, delgado, contestaba al nombre original de A. E. I. O. Uckrill, esq. Con su impermeable á la espalda, el sombrero hasta las orejas y las manos en los bolsillos, parecía no prestar atención á lo que á su alrededor pasaba; y aun se creyera que dormía en pie, si sus ojos no brillasen, con el destello fantástico que lanzan las pupilas de los felinos.

— Amigo mío, repetía la Sra. Dupoteau, al oído de su marido, si no te apresuras faltará tiempo para ver la colonia.

El fabricante respondió bruscamente. Ahora prestaba atención al altercado del aeronauta con los aduaneros, y una sorda cólera le invadía; acababa de descubrir una abominación: el globo llevaba el mismo nombre que sus franelas! ¡El globo «Lucifer»!

Pero aun no terminaban sus penalidades.

— «By good», clamó una voz ronca, cerca del pobre inventor. ¡Cuidado! El caballo de sir Japhet viene de

tomar las aguas de Barèges. Despacio, «by good»! ¡Despacio!

Vieron, entonces, avanzar una enorme caja donde sobresalía la cabeza de un caballo. Detrás marchaban tres «gentlemen», que parecían guardias de honor del cuadrúpedo.

Uno de los aduaneros recargó una escalera á las paredes de la caja. El hombre que había jurado «by good» cogió gravemente al empleado por los brazos; y empleando de nuevo esa lengua extravagante que los ingleses llaman francés, le dijo:

— ¿Sois casado?

— Que os importa, — contestó el aduanero con esa cortesía que los distingue.

El «gentleman» sin soltarle continuó:

— Quisiera saber si tenéis muchos hijos.

El interrogado intentó desasirse pero el gentleman completó su pensamiento:

— Es el caballo de sir Japhet Holover de Over Peover, dijo con énfasis. ¡Gran consecuencia! Es el Koh-i-noor! El «Light-bearés»... como Uds. dicen: Lucifer!

El aduanero le contestó rudamente; pero el Sr. Dupoteau, estupefacto, sintió que se desmayaba.

— Ahora un caballo, pensaba. He aquí un Rocinante que roba el nombre de mis franelas.

— «By good», clamó el inglés rojo de cólera, Lucifer tiene la costumbre de romper la cabeza de todo el que mira dentro de su caja... y si vos tenéis muchos hijos...

El Sr. Blancanard se aproximó rápidamente para ver romper la cabeza á un aduanero.



Entre tanto, el singular personaje A. E. I. O. Uckrill murmuraba para sí :

— ¿Por dónde diablos pudieron pasar los cuatro?

Pero ya los viajeros salían, en masa, de la estación, gritando y atropellándose; y el caballo Lucifer fué desabalado tomando á pie el camino para el Leicester, donde iba á embarcarse.

La primera llamada para embarcarse sonó á bordo. Los hoteles, que bordean la playa, abrieron sus puertas, dando salida á los viajeros. Por un momento se mezclaron éstos con los que venían de París.

Al subir al puente del vapor, la Sra. Dupoteau hizo un último esfuerzo para llevar á su marido á la colonia; pero éste fué inflexible.

La caja de muestras « Lucifer » pasó á bordo junto con el globo de Batifol; y un repiqueteo continuo anunciaba también el embarque del pobre caballo Lucifer que tenía por costumbre romper cabezas.

A. E. I. O. Uckrill quedó el último; por un instante su flaca silueta se destacó á la luz del fanal, y su mirada interrogó aún á la noche en todas direcciones.

— Hola, burgués le gritó un marinero, ¿nos vamos?

Parecía que Uckrill no tenía prisa, pues no se movió.

— Se os espera, gritó más alto el marinero.

La luna se escondió tras una nube espesa. A favor de la repentina oscuridad, una barca se deslizó sobre el agua negra del puerto.

Nadie prestó atención, pues todos se ocupaban de sus propios asuntos.

Nadie, excepto Uckrill, cuya mirada brilló de repente;

y salvando en dos pasos el pasadizo, murmuró, como aliviado de un gran peso : — Por fin!...

La lancha se acercó al navio por el lado opuesto al muelle, y tres hombres saltaron á bordo sin llamar la atención. Se miraron satisfechos; después, se estremecieron.

Uckrill ya les había visto y sonreía.

— Truenos y rayos, murmuró sordamente uno de ellos con voz harmoniosa, mientras que sus ojos escudriñaban en la noche : ¿dónde está Sauton? El es el que tiene á Lucifer!

Los otros dos se quedaron silenciosos.

Uckrill parecía alegrarse, y se frotaba las manos.

— Bien que la hemos hecho! dijo el que ya había hablado; — hemos perdido tiempo y dinero.

— Si Day-Lily quiere, dijo uno de los otros, iremos á tierra y trataremos de encontrar á Sauton.

— Y en lugar de Sauton, contestó colérica la voz harmoniosa, encontraremos á la policía que ese negro cochino habrá puesto ya sobre aviso, lo juraría.

¿Era de Uckrill de quien hablaba la voz delicada? Pudiera creerse, porque él, sonriendo desdeñosamente, pensaba :

— Puf... la policía francesa!

Al que habían llamado Day-Lily parecía muy contrariado.

— Maldición! clamó, maldición! Tanto trabajo y fatiga!

Mientras hablaba, un silbido estridente rasgó la noche; las hélices comenzaron á funcionar, y, largadas



las amarras, el vapor se desprendió lentamente del muelle dirigiéndose á la boca de la bahía.

Los parisienses clamaban alegres :

— He ahí lo que dicen : ¿Son éstos los tumbos? ¿Es éste el vaivén? ¿Es este el decantado mar borrascoso, más suave que el Marne entre Joinville y Nogent?

La Sra. Dupoteau estaba lejos de felicitarle. Su marido le había predicho que se marearía y temía que esta enfermedad no pasara de conversación como lo de la colonia.

Dupoteau se había aproximado á paso de lobo á los tres de la canoa; sólo había oído una palabra de la conversación; pero esta palabra representaba un mundo de sospechas. Los tres individuos sin duda llevaban en su equipaje algún nuevo producto bautizado con el nombre de Lucifer : otra fatal coincidencia para sus franelas.

El vapor caminaba entre los dos brazos del rompeolas. En un momento en que la maniobra le hizo acercarse al de la derecha una silueta apareció en la balaustrada.

— ¡Bueno! pensó Uckrill, quien le vió el primero. Tres y uno hacen cuatro... O yo me equivoco, ó mi cuenta está completa.

Los de la barca cambiaron una mirada, y los dos compañeros de Day-Lily, hendiendo la turba que se paseaba en el puente, abrieron un camino á este último.

Day-Lily se acercó al hombre de la barra.

— ¿Sabes leer? — le preguntó en voz baja.

Y, al mismo tiempo, sacó de una bolsa de su saco

una cartera y de ésta un billete sobre el que se podía leer, á la luz de la bitácora, la palabra : « Fifty ».

— Cincuenta libras!... murmuró el timonel.

— Cincuenta!... repitió mentalmente Uckrill; si el billete es bueno, éstos han de haber dado un golpe.

— ¿Qué hay que hacer para ganarlos? — preguntó el marinero con los ojos brillantes de codicia.

— Dar un simple golpe de barra á estribor para pasar lo más cerca posible del rompeolas, respondió Day-Lily, siempre en voz baja.

Sin duda el timonel no era ajeno á tales movimientos, pues preguntó :

— ¿Es de política?

— Sí... contestó sonriéndose Day-Lily.

— A la mano de Dios, concluyó el marino... Tengo una mujer buena y dos arrapiezos... Creo no será un gran pecado salvar á un pobre diablo. Se dará el golpe á estribor sólo por dar gusto á un amigo.

El billete pasó de las manos del inglés á las del timonel, y la rueda del gobernalle giró rápidamente sobre su eje. El vapor viró ligeramente.

— La barra á babor! mandó el capitán.

El timonel obedeció, y el vapor, de nuevo, tomó su camino; pero el golpe estaba dado; se pudo oír como el golpe de un paquete cayendo en el puente; después, el grupo de nuestros desconocidos quedó compuesto de cuatro hombres en lugar de tres.

Uckrill enfundó su cabeza angulosa en el cuello de su impermeable y se recargó tranquilamente contra un ventilador, cerca de ellos.



El recién llegado era un hombre que había pasado los cuarenta. Color oscuro; cabellos negros y lacios; cara enérgica, pero descompuesta por una expresión de baja y cruel astucia; era alto y flaco.

Á pesar de su apariencia débil, el salto peligroso que acababa de dar con tal habilidad, hablaba en favor de su fuerza física y elasticidad de miembros.

Apenas tocó con el pie el puente del « Leicester », sentó cerca de la borda y tomó una actitud despreocupada. Sus tres compañeros le rodearon.

— Hemos pensado por un instante que buscabais el modo de hacernos una mala jugada, maestro Sauton, dijo Day-Lily que parecía el jefe.

— Oh! replicó maliciosamente Sauton, cada uno á sus asuntos, Srita Sun-Ray; y pues el navío no ha partido sin mí, creo no tenéis nada que decir. Por otra parte, yo no he dejado de ocuparme un poco del negocio común...

— ¿Un poco?... interrumpió Day-Lily, á quien acababan de llamar « Srita Sun-Ray ».

— Un poco, replicó Sauton. La joven está á bordo...

— ¿Habla indio?

— Ya lo creo, murmuró Sauton no sin pedantería: habla el « pracrit », lengua poética de mujeres; el « hindí » moderno, el « marthila » de Nepal, el « gaura » de Bengala; susurra el armonioso « tamoul » de Dravira, el « mahrato », el « garjara », el « pundjabí ».

— Truenos, clamó Day-Lily, esto es un hallazgo!

— Y famoso! añadió Sauton.

— Algo cayó en el puente, dijo el capitán que venía haciendo su ronda.

— Por poco me rompe la cabeza, exclamó Sauton, afectando mal humor; de lo alto del rompe-olas han arrojado un guijarro que ha pegado en la banda á dos pulgadas de mi cabeza, y después ha caído al mar.

— Aoh... moduló el capitán con tono gutural y discordante, una de las más bellas glorias de la alegre Inglaterra; y sin añadir más, se fué, pues los de su país ignoran el modo de pagar un cumplido, y no admiten excusas.

— No es demasiado...! pensaba Uckrill, quien sólo con el oído seguía esta escena, pues nada veía; este capitán es un avechucho de rara especie.

A la redonda los pasajeros decían:

— ¿Dónde tendrá los ojos el gobierno? Sin duda ahí hay alguna banda.

Day-Lily, ó la Srita Sun-Ray, dándole su mano pequeña y bella, dijo á Sauton con voz acariciadora:

— ¡ Siempre llena la bolsa de mentiras!

— Pobre bella, murmuró por su parte Uckrill.

No llamando ya la atención general, los cuatro se retiraron un poco y formaron grupo aparte, en apariencia silenciosos.

Uckrill comenzó á pasear lentamente. En un cuarto de hora dió diez pasos. Cuando se detuvo, se le hubiera creído un arenque de talla inusitada dormido dentro de un impermeable.



## II

### BROMAS DE TRAVESÍA

En el momento en que el vapor salió de la bahía, las olas lo elevaron repentinamente haciéndole sufrir movimiento de proa á popa. Fué el instante de crisis: Diez ó doce parisienses sintieron la cabeza dar vueltas. Los que tenían alguna práctica marina, se retiraron prudentemente á distancia para no recibir los dones funestos y copiosos que los enfermos de este mal, poco peligroso, reparten generosamente á su alrededor. La brisa soplaba con fuerza y el mar danzaba lo suficiente para descomponer los estómagos novicios.

A la misma hora en que comenzó la fiesta del mareo, la Sra. Dupoteau encontró entre los pasajeros á una comerciante vecina de la « Corbeta Nupcial », que respondía al eufónico nombre de Leocadia Turlupin. Lejos de la patria es agradable el encuentro de paisanos. La Sra. Dupoteau se precipitó hacia su compatriota y las dos negociantes cayeron en brazos de una y otra.

Las atacaron las náuseas simultáneamente, cuando murmuraban con enternecimiento los nombres queridos de las calles de Chauchat y de Provenza: gran desgracia para ellas y para sus vestidos, pues se hicieron obsequios copiosos; y la Sra. Dupoteau no tuvo pretexto para acusar á su marido de mentira. Sintió el mareo y por añadidura los efectos del mareo de su compañera.

De un lado á otro del Leicester se renovaba la misma escena á cada paso. Se gritaba y se lamentaban. Hubo un momento en que la Sra. Dupoteau temió no volver á ver « la gran Opera ». El nombre de la calle Vide-Gousset, donde nació, acudió á sus húmedos labios, y sus ojos vieron pasar en revuelto enjambre las franelas, gloria y ornamento de su desventura... pero renunciemos á pintar los sufrimientos de esta pobre mártir.

El capitán inglés, impassible, se calentaba tranquilamente en su gabinete bebiendo una botella de « pále-ále ».

Los « gentlemen » que formaban la guardia de honor del caballo, contaban anécdotas de « Steeplechase », narraban la genealogía de Lucifer, nacido de la cruce de « Ricardo ó mi rey » y de la Srita « Cup », y afirmaban que se podría apostar tres contra uno en las próximas carreras de New-Market. Eran cuatro estos dignos « gentlemen ». El que hablaba « francés » era el representante de sir Japhet y tutor del caballo; el segundo, el médico de Lucifer; el tercero, palafrenero de esta bestia importante, y el cuarto su ayuda de cámara.



— Antes de entrar en Londres, decía Day-Lily á sus acólitos, quisiera saber si el Residente está en su « villa » de Douvres.

— ¿ El alderman no esperará la apertura de la exposición ? preguntó Sauton.

— El alderman hace solo lo que yo quiero, dijo Day-Lily con aire de suficiencia ; no se puede esperar la apertura para comenzar « la historia » porque ésta está ya en camino... He dejado á la Marquesa sobre la pista del Residente, y á esta hora, daría de buena gana diez libras por saber cómo va la caza.

— ¿ Qué es eso de « la Marquesa » ? preguntó aún Sauton.

Los dos desconocidos que hablaban lo menos posible se sonrieron.

Uckrill inclinó la cabeza y tendió el oído.

— La Marquesa ! pronunció Day-Lily con énfasis, es la « Pequeña Lucifer » de los jardines de Cremorne.

Uckrill se relamió los labios y dijo para sí.

— Ah ! peste ! una bella persona ! bella ! bella !

— Es decir, continuó Day-Lily, una encantadora con talento para representar grandes damas como una princesa no lo haría.

Los dos desconocidos aprobaron con la cabeza, y Sauton, encogiéndose de hombros, gruñó :

— En mi país, con un puñal marato, se arreglan los asuntos de otro modo.

Day-Lily frunció las cejas y no dijo nada.

— He ahí cómo se muestra el hombre de la natu-

raleza, pensó con descontento Uckrill que escuchaba siempre sin ser invitado.

Dupoteau bien veía el estado lamentable de su mujer. Era un digno comerciante y un excelente marido, pero se decía con lógica prudencia :

— Si me acerco á Cesarina, el corazón me faltará ; en todo caso el mareo no es peligroso, y en un matrimonio bien ordenado es preciso que uno de los dos esposos, á lo menos, esté sano. Para distraerse entabló conversación con el Sr. Palm de Blancanard.

— Celeste, clamó desesperada la voz de la mujer, Celeste, ven que te quiero hacer depositario de mis últimas voluntades.

Dupoteau, reflexionando que él estaba casado bajo el régimen de comunidad de bienes, abandonó á su mujer y bajó á la sala.

Ahí la luz de los fanales alumbraba una escena diferente de la que ocultaba la semi-obscuridad del puente. Había casi sólo mujeres, sofocadas por el calor, tendidas sobre divanes en posturas poco correctas, que denunciaban á las claras su estado deplorable. Sin embargo, hay que anotar una excepción : las siete Sritas Elphinstone de « Grosvenor-Square », huérfanas, pálidas como fantasmas, rubias como madejas de lino y más románticas que siete volúmenes de poesías alemanas, estaban sentadas en línea bajo el cuidado de su institutriz. Sin duda las habéis encontrado en París, en Viena, en Venecia ó en Nápoles ; á menos que haya sido en Amberes ó en Génova. Están en todas partes ; se bañan en todas las playas ; beben de todas



las aguas y aún de los vinos; visitan todas las ruinas, museos, y paseos de Europa; conocen los ómnibus, los subterráneos, los coches, los vapores, los hoteles, los casinos. Van en busca de siete idilios, con la ayuda de su institutriz, que les ha prometido siete nababs indios, siete príncipes rusos, siete generales prusianos ó siete libertadores de la Polonia.

Espían, y los siete nababs indios vuelan; buscan y los siete príncipes rusos se esconden; corren y los siete generales prusianos se escapan, y á pesar del tamaño inconveniente de sus piernas y el grandor inusitado de sus pasos, aún no han podido alcanzar á los siete triunfadores poloneses.

No se descorazonan jamás, y hasta que encuentren lo que buscan, todas las capitales de Europa, verán pasar en buen orden, los siete sombreros de paja, las boas, las faldas á cuadros, las blusas de linón, los velos verdes y los grandes zapatos amarillos de las siete huérfanas del Mayor Elphinston de « Grosvenor-Square ».

La institutriz de estas interesantes creaturas les acercó una mesa, donde las siete, al unísono, á pesar del duelo general, devoraban grandes trozos de jamón y costillas empanizadas inundadas por ríos de té. Y no se crea que engullían esto como cena, sino tan sólo para esperar con mayor comodidad los alimentos más substanciales del desayuno.

El Sr. Dupoteau que nunca había viajado, contemplaba estupefacto este cuadro, mientras el Sr. Blancanard tan sólo experimentaba admiración.

— Mirad, dijo al primero, en Mans tenemos damas que manejan admirablemente el tenedor, pero no pueden rivalizar, ¡ ya lo creo que no! con el apetito de estas siete delgaduchas!

Mistress Bridgeth, la institutriz, notó la contemplación de los dos franceses.

— « Shoking »! dijo con horror.

— « Shoking! repitieron al unísono las siete.

Blancanard, intrigado, preguntó á su compañero:

— ¿ Por qué estornudan así, todas á la vez?

Indignadas, la institutriz y las señoritas, con la precisión de ocho soldados, operaron un cuarto de conversión en el diván. Después, satisfechas de haber jugado esta pasada á dos indiscretos, continuaron comiendo su jamón.

— Después de todo, es curiosa esta familia, murmuró el Sr. Dupoteau. Es preciso viajar para ver cosas asombrosas.

— Por Dios que es verdad, replicó el caballero mansense; pero mirad, he ahí otro cuadro curioso; y su dedo señalaba un grupo de tres mujeres.

Dupoteau dejó escapar una exclamación de asombro.

Dos de las mujeres eran negras, ó mejor dicho de color, porque no presentaban las características de la raza negra. Estaban en pie, cerca de la tercera, que era una joven de cara dulce y pálida, pero ligeramente bronceada como la de las criollas. Esta última dormía extendida sobre cojines. Las dos negras velaban su sueño, y le daban aire fresco, lentamente, con grandes abanicos de plumas de avestruz.



## III

A.-E.-I.-O. UCKRILL.

Justamente cuando el caballero mansense y el patrón de la « Corbeta Nupcial » contemplaban este cuadro, Day-Lily y sus dos taciturnos compañeros descendieron al salón. Tras ellos, en la sombra de la escalera se podía ver el sombrero de Uckrill, y bajo el sombrero sus dos ojos agudos.

— Hela aquí... dijo Sauton señalando á la joven que dormía.

— ¡ Perfecta ! ¡ admirable ! exclamó Day-Lily que se había puesto el monóculo.

— Muy bonita en efecto, afirmó por su lado Uckrill.

— ¿ Dónde la habéis encontrado ? preguntó Day-Lily.

— En París, respondió Sauton.

— ¡ Por ejemplo ! pero, ¿ es una india ?

— Podéis estar segura de ello Srita Sun-Ray... Nació en Nepaul y su madre era india pura.

— ¿ Y su padre ?

Sauton contestó sonriéndose :

— El país de su padre importa poco ; tiene buen brazo, buen ojo... es francés en Francia, inglés en Inglaterra.

— Y Baniano alrededor del mar de las Indias ¿ no es verdad ? concluyó Day-Lily mirándole cara á cara. ¿ Seriais vos ?

La sonrisa de Sauton se acentuó, mientras murmuraba.

— ¿ No nos encontráis parecido ?

— Por mi fe que no, pensó Uckrill.

Lo cierto es que había absoluto contraste.

— En verdad que os parecéis como dos gotas de agua, dijo Day-Lily riéndose ; pero noto Sauton, que siempre os rodeáis de misterios ¿ Por qué en lugar de habernos hecho perder tiempo buscando no nos habéis dicho simplemente : tengo una hija ?

— Si yo pudiera, contestó secamente Sauton, pero parece que no quería, y tenía mis razones. Ahora ya la hemos visto bastante ; subamos al puente y hagamos nuestras cuentas.

A estas palabras, Uckrill desapareció como por encanto, y cuando los cuatro individuos subieron no vieron nada de insólito.

Sauton y Day-Lily se sentaron cerca del mástil de popa mientras los otros dos permanecían en pie.

Por supuesto, Uckrill estaba tras el mástil.

Sauton decía :

— Yo la vendo caro. Soy Baniano y un Baniano vale



por lo menos dos Judíos... Miráida es una Devadassi verdadera; no encontrarías otra en Europa!

— Se te pagará bien, dijo Day-Lily ¿Qué quieres?

— Un interés en el negocio, replicó Sauton.

— Lo tendrás, el alderman prefiere pagar con esta moneda que con dinero contante. De este modo, los asociados no pueden desdecirse.

— Puesto que soy asociado, Srita Sun-Ray, podríais decirme algo de nuestro activo.

— El Residente puede tener cinco ó seis millones.

— Tan sólo eso, exclamó el Baniano con desprecio. Sabed que yo conozco al Residente mejor que vos... En Simbal se decía que tenía más de veinticinco millones de rupias.

Uckrill se sonó al oír esta cifra, pero la nariz de este buen Inglés era discreta y no producía ruido alguno.

— Se equivocaban en Simbal, respondió duramente Day-Lily. Todos sus fondos están en casa del alderman.

— ¡Y el alderman nos busca aún! gruñó Sauton con desprecio.

— En cuanto á sir Japhet Holover de Over Peover, continuó Day-Lily, se le estima cuando mucho en doscientas mil libras.

Parece que nuestros cuatro desconocidos iban también tras el propietario del caballo Lucifer.

Uckrill sonrió dulcemente al darse cuenta del hecho.

— Cinco millones de francos, murmuró Sauton. — Esperaba más, pero en fin, es una buena cantidad. Sólo que desearía estar seguro que nuestra farsa irá bien. Yo no tengo gran confianza en vuestros medios, y si

los millones de sir Franck Zephyr no estuviesen en manos del alderman...

— Tú obrarías por cuenta propia ¿no es verdad?

— Podéis estar seguro — replicó Sauton, empleando su fórmula favorita.

— Pero el alderman lo asegura...

— Vamos, vuestra marquesa, vuestro diamante, toda vuestra embrollada intriga y encima mi hija no valen lo que un buen puñal marato. ¿Quién nos dice que sir Franck pondrá los ojos en esta « Marquesa »?

Antes que Day-Lily pudiese responder, un ruido, inusitado á esa hora, y en tal lugar, vino á herir los oídos de los cuatro compañeros.

Hacia ya cerca de diez minutos que Uckrill, dotado de un oído superior, lo había oído.

El navío estaba á la entrada de la pequeña bahía de Phanet, á la derecha de la desembocadura del Támesis.

La costa de Inglaterra se veía á la izquierda y el « Leicester » hendía un mar de aceite, ya sosegada la pasada tormenta.

El ruido que percibían Day-Lily y sus acólitos se parecía á las serenatas que se escuchan á menudo en el Adriático, en los alrededores de Venecia, pero que no hay la costumbre de oírlas en la Mancha, entre Douvres y Calais.

Los sonidos se aproximaban y se podían escuchar perfectamente voces que cantaban, acompañadas de una excelente orquesta.

En el puente del Leicester se aglomeraron todos los pasajeros y los marineros. Celeste Dupoteau se abra-



zaba tardamente á su mujer ya curada; Blancanard comparaba involuntariamente la música misteriosa con los conciertos del café-cantante de Mans; estaban los guardias de corps del caballo de sir Japhet; los pasajeros del tren de recreo; los aristócratas de los hoteles de Boulogne, una turba, en fin, ávida de ver y de oír. Sólo la bella Miraída dormía en sus cojines cuidada por las dos indias.

La mano pequeña de Day-Lily tocó la espalda de Sauton.

— No sé por qué pienso que esto nos concierne, dijo. Sir Franck Zephyr estaba algo loco antes de que se le enviase la « marquesa », y la marquesa no es para curarlo.

— Capitán, añadió en voz alta, esa mansión que se ve allá en lo alto ¿no es de sir Franck Zephyr, antiguo Residente de Nepaul?

— Imposible que se oiga aquí la música que se haga en el castillo de sir Franck!... respondió el patrón.

Day-Lily se volvió á Sauton y dijo en voz baja :

— Sin embargo, ese es su castillo.

Repentinamente, como si una cortina se hubiese corrido, el sonido de las voces y los instrumentos se escuchó cerca y claramente. Al mismo tiempo, la luna salió de una nube que la envolvía, y al alumbrar la bahía, se vió salir de la sombra un yate elegante, lleno de mujeres y de hombres. Todos los pasajeros del vapor, incluyendo las siete Sritas Elphinstone y su institutriz, aplaudieron gritando : bravo!

Day-Lily sacó unos gemelos de su bolsillo y los

asestó contra el yate, después los pasó á Sauton :  
Este vió á su vez.

— Veo un hombre y una mujer sentados bajo un toldo, dijo, me parece reconocer á sir Franck Zephyr... pero como nunca he visto á la marquesa no sé si será ella.

El yate viró de bordo lentamente y presentó su popa iluminada.

Los bravos redoblaron á bordo del Leicester. Todos aplaudían, excepto Dupoteau que acababa de descubrir aún una nueva coincidencia fatal á sus franelas. El yate llevaba escritas con letras rojas las dos palabras mágicas y misteriosas : ¡El Lucifer!

Day-Lily dejó escapar un grito de triunfo, y cogiendo con fuerza el brazo de Sauton... ó cuando menos el que creía era :

— Ved, le dijo, ¡nuestra contraseña! Franck Zephyr ha caído en la trampa y sus millones están á la mitad del camino de nuestras bolsas!

Tres exclamaciones se dejaron oír al mismo tiempo. Eran Sauton y los dos desconocidos que por las circunstancias habían recobrado la palabra.

Day-Lily se volvió, y vió con estupor que el brazo flaco y descarnado que había tomado por el de su asociado pertenecía al propio A. E. I. O. Uckrill, cuya mirada aguda, fría y sarcástica pesaba sobre él.

Uckrill se sonrió bondadosamente y quitándose políticamente el sombrero :

— Vaya, vaya, dijo, he aquí á Day-Lily, gentil jefe de orquesta... y Sauton, el Baniano... y el maestro de



baile Jonathan Girle... y el legista Vaughant... vaya! vaya!

Su sonrisa se volvió más bondadosa y añadió tendiendo la mano á la redonda.

— Palabra de honor, queridos míos, que ya os creía ahorcados á los cuatro.

## IV

## LA NOVELA DE SIR FRANCK

Los sofistas dividen la población masculina de las Islas Británicas en cuatro clases : el inglés alegre, ó rojo; el inglés triste, atacado de « spleen », ó flaco; el inglés sentimental (*rara avis*); y el excéntrico, ó lunático, el inglés cómico. El inglés alegre pertenece á la clase media, hace comercio. Se le llama así, porque es rojo, goloso y habla siempre de la alegre Inglaterra.

El alderman, Adrián Zephyr era un inglés alegre : buen vientre, cara rubicunda, frente medio calva y coronada por algunos cabellos grises, protestante y liberal, teniendo á veces el valor de confesar sus ideas avanzadas, al terminar una botella de oporto. Honesto como todo comerciante de la cité, es decir, sin hacer asientos falsos en su Diario.

Tal era este íntegro magistrado, aún joven, que había servido de tutor á Dick Crankle y á su sobrina Nanc